

# Formación en Didáctica de las Lenguas Extranjeras\*

José Manuel Vez<sup>1</sup>

---

Vez, José Manuel. (2001). *Formación en Didáctica de las Lenguas Extranjeras*.

Rosario-Santa Fe: Homo Sapiens Ediciones

451 pp. ISBN 950-808-297-6

Reseñado por Antonio Bolívar<sup>2</sup>

Universidad de Granada

Los libros sobre *Didáctica de las Lenguas Extranjeras*, normalmente, suelen consistir en presentar determinadas metodologías, en sus diversas variantes, para conseguir un aprendizaje más eficaz. El profesor José Manuel Vez, en éste, que reseñamos, opera un doble giro: en primer lugar se dirige a la Formación del Profesorado y, en segundo, parte de que una reflexión de segundo orden de carácter epistemológico es necesaria para dicha formación. Ambos están interrelacionados: dado que contamos con una disciplina constituida, cual es la Didáctica específica de las Lenguas Extranjeras, es lo que hace posible una formación inicial y desarrollo profesional del profesorado y, viceversa, la propia práctica de desarrollo profesional del profesorado enriquece a la disciplina. El libro traza la historia, plural y compleja, de la constitución de esta disciplina, describiendo sus bases epistemológicas, su inserción en las ciencias sociales, así

como los conceptos fundamentales al servicio de la formación del profesorado, que le dan una identidad propia. Todo ello desde una reflexión crítica en nuestro contexto de modernidad tardía (nuevas tecnologías, multiculturalidad creciente), con demandas y necesidades propias en la formación de la ciudadanía. En la medida en que explora estos nuevos territorios, no trillados, lo considero relevante y original, especialmente para el público universitario al que va dirigido.

Embarcado el autor, como señala, treinta años en el campo de la formación de profesores en didáctica de las lenguas, ha considerado oportuno -en un alto en el camino- pararse a reflexionar sobre la constitución disciplinar de la Didáctica de las Lenguas Extranjeras (DLE). La identidad, actividad y cometidos de la DLE se delimita entre la disciplina matriz de las Lenguas Extranjeras (LEs) y la Didáctica general, en función de los procesos de enseñanza-aprendizaje del alumno y el desarrollo profesional del profesorado. En un trabajo reciente del autor junto a Lourdes Montero (en *Diccionario/ Enciclopedia de Didáctica*) plantean que lo que está en juego es “que la especificidad de los contenidos transforma y moldea

---

\* Tomado de Reseñas Educativas/Education Review. Reproducido en Uni-pluri/versidad con autorización de los editores.

1. **José Manuel Vez** es Catedrático de Didáctica de la Lengua en la Universidad de Santiago de Compostela (España). Ha dirigido varios equipos de investigación con la participación del profesorado en ejercicio, y publicado una docena de libros y más de un centenar de artículos y capítulos de libro. De entre sus libros, cabe destacar, *English Language Modular Packs* (Zaragoza, Edelvives/MEC, 1995), *Didáctica del Español como Lengua Extranjera. Teoría y práctica de su dimensión comunicativa* (Granada, Grupo Editorial Universitario, 1998), *Fundamentos lingüísticos en la enseñanza de las Lenguas Extranjeras* (Barcelona, Ariel, 2000), y *Didáctica de la Lengua Extranjera en la Educación Infantil y Primaria* (Madrid, Síntesis, 2002).
2. **Antonio Bolívar** es Catedrático de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Granada. Entre sus libros, cabe destacar: *El conocimiento de la enseñanza. Epistemología de la investigación curricular* (Granada, Force/Univ. de Granada, 1995); *La evaluación de actitudes y valores* (Madrid, Anaya, 1995); (con Escudero y otros): *Diseño y desarrollo del currículum en la Educación Secundaria* (Barcelona, ICE/Horsori, 1997); *Diseño, desarrollo e innovación del currículum* (Madrid, Síntesis, 1999), y (con J.L. Rodríguez Diéguez): *Reformas y retórica: la reforma educativa de la LOGSE* (Málaga, Aljibe, 2002).

los *lugares comunes* de la enseñanza propuestos por Schwab, quien planteó que para que la enseñanza ocurra, alguien debe enseñar *algo* a alguien en algún lugar y tiempo”. Ese “algo” propio (LEs, en nuestro caso) implica que determinadas metodologías didácticas son constitutivas (internas) a la propia disciplina, además de que puedan compartir también principios metodológicos de la Didáctica General. Me gusta, además, que la fundamentación que hace José Manuel Vez de la DLE no se apoye, como ha sucedido en los últimos tiempos en España, en exclusiva en la psicología del aprendizaje, evitando que todo el problema de la enseñanza sea un asunto psicopedagógico; por el contrario, se fundamenta en las ciencias humanas y, muy particularmente, en todo lo que ha sido el análisis curricular: qué contenidos sociales e instrumentales deben formar parte de la escolaridad para el tipo de ciudadano que deseamos promover (por ejemplo, la lengua como comprensión intercultural).

No ha formado parte habitual de las Didácticas Específicas la elaboración, como señalábamos, de una teoría de orden superior que permita comprender y justificar lo que se enseña y aprende, así como por qué se deba hacer de una forma u otra. Las demandas, mal llamadas *Aprácticas@*, en muchos casos, han considerado innecesaria dicha tarea. Pero una formación del profesorado, lejos de vaivenes de las metodologías que en cada momento dominan, precisa de una reflexión conceptual de qué enseñar y por qué hacerlo, como formula José Manuel Vez en este texto. Cabe preguntarse si esta ausencia de conceptualización ha dado lugar a programas universitarios de formación del profesorado acríticos, con escaso nivel reflexivo. Y es que una DLE no se limita a ser enseñanza de idiomas, paralelamente, es una construcción intelectual sobre la enseñanza de las LEs, mediante procesos de investigación sobre la práctica de la enseñanza, de los que ya se cuenta con un *corpus* relevante. En este sentido se defiende que aprender una lengua es “apropiarse de sus discursos sociales y de su cultura”, pues comprender en esencia una lengua que no es propia, supone comprender la sociedad y las normas en la que se producen y se insertan; lo que comporta un modo amplio de entender su didáctica.

La fundamentación epistemológica, a la que se dedica el primer capítulo (“Bases epistemológicas de la Didáctica de las Lenguas Extranjeras”) por un lado, en estos tiempos de segunda edad de la modernidad, ha perdido ya una cierta credibilidad; por otro, una disciplina joven en búsqueda de reconocimiento de su identidad, al tiempo que su autonomía, tiene necesidad de establecer sus fundamentos científicos. Más allá de esto, el autor defiende la tesis fuerte de que dependiendo de las tesis teóricas se derivarán modos particulares de organizar los procesos de enseñanza-aprendizaje, como ejemplifica en el capítulo. Además, renunciar a

entrar en los fundamentos, con la excusa de ser “prácticos”, supone aceptar acríticamente supuestos y teorías externas. En fin, sin una fundamentación epistemológica, la DLE se convierte -como sucede- en una “pasarela” de moda (la metáfora es del autor) donde pasarán, desfilando, las metodologías que estén en candelero en cada momento. Múltiples razones, que desgrana el autor, abogan por una integración de la teoría y de la práctica, así como hay también muchas formas de interrelación, explícitas unas e implícitas otras; pero no hay práctica innovadora que pueda sostenerse largo tiempo sin apoyo en la correspondiente teoría. En cualquier caso, es un enfoque dialéctico el que mejor permite comprender esta interrelación: “la teoría se relaciona con la práctica recuperando los conceptos, principios y destrezas que son probadamente inherentes a la buena práctica que ejercen los buenos prácticos. Y desde su recuperación, los vuelve a reutilizar en la dimensión teórica del conocimiento como base del reconocimiento de la competencia práctica y de la corrección de las posibles deficiencias observadas en la actuación práctica” (pp. 77).

En segundo lugar, para inscribir a la DLE en el espacio propio de las Ciencias Sociales y Humanas, con buen criterio, lo hace en cinco grandes grupos de perspectivas: la filosofía del lenguaje, la lingüística moderna, la sociolingüística y sociología del lenguaje, las ciencias de la educación y las nuevas tecnologías. Así, en cuanto a la filosofía del lenguaje, se analiza la controversia entre empirismo-racionalismo y sus derivaciones actuales, y la teoría de los actos de habla de Austin-Searle. Las diversas teorías lingüísticas, por su parte, han tenido una continua incidencia en la didáctica de las lenguas, sin derivarse una aplicación directa. Se pasa revisión a tantos modelos como han ido apareciendo, de modo ininterrumpido, a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. Por su parte, el enfoque sociolingüístico ha aportado la necesidad de aprender una lengua en su contexto, porque apropiarse de una lengua, en el fondo, es situarse en el medio sociocultural de dicha lengua. Plurales y diversas son las relaciones con las Ciencias de la Educación, tanto en sus enfoques psicológicos como -sobre todo- en metodología didáctica y desarrollo cur-

ricular. Finalmente, las Tecnologías de la Información y Comunicación han supuesto una posibilidad de innovación metodológica desconocida en otros tiempos, ya no son sólo un medio auxiliar en la enseñanza de las LEs, sino un contexto real de empleo de la lengua, a condición de que se inserte curricularmente.

Un conjunto de cuestiones nucleares, más directamente relacionadas con las demandas formativas de los profesores de lenguas extranjeras, se plantean en el capítulo 3 (“Conceptos fundamentales en Didáctica de las Lenguas Extranjeras”), en una cierta síntesis conceptual del tema. De enseñar una lengua se ha pasado en las últimas décadas a “aprender” una lengua, lo que supone un giro radical en su didáctica, al poner en primer plano los procesos de mediación, construcción y negociación de significados. Desde una concepción ampliada del aprendizaje de la lengua, “los procesos de interacción en el aula, alrededor de actividades comunicativas, generan oportunidades para negociar esos significados en virtud de la capacidad de representación de la realidad y de la competencia comunicativa que poseen los alumnos. En definitiva, la clase de lengua extranjera no es un espacio para decir y saber sobre una nueva lengua, sino para hacer cosas con ella en virtud de unas finalidades auténticamente comunicativas” (pág. 320).

Los procesos de enseñanza-aprendizaje son analizados desde un marco histórico para mostrar, de modo crítico desde nuestra perspectiva actual, la evolución y los cambios de acento, de unos modos proposicionales a otros más procesuales basados en tareas vivenciales en el aula, pasando por los comunicativos. Desde una perspectiva curricular, se describen las tres grandes fases del desarrollo curricular: planificación, interacción en el aula y evaluación. Los enfoques metodológicos “sobredeterminan” cómo hayan de plantearse cada fase, por sus implicaciones pedagógicas. “En definitiva, señala el autor, los efectos de las innovaciones metodológicas que se observan en este nuevo desarrollo del área de lenguas extranjeras en general, apuntan decididamente hacia una mayor preocupación sobre los usos lingüísticos para la comunicación y la representación social y, en consecuencia,

están demandando [...] un concepto de didáctica lingüística que, desde una percepción heurística y significativa de las interacciones en el aula, busca desarrollar oportunidades reales para aprender a significar, en el sentido de saber determinar cuáles son las respuestas social y lingüísticamente apropiadas a una situación comunicativa y representativa en los usos de la nueva lengua que los alumnos aprenden” (pág. 364).

El capítulo último se dedica a revisar la formación del profesorado en lenguas extranjeras, tanto en formación inicial (“aprender a enseñar”) como en formación continua o desarrollo profesional. Distintos modelos han dominado la formación del profesorado, que son sometidos a un análisis crítico. En el desarrollo profesional, resulta particularmente interesante, la apuesta que se formula por los procesos reflexivos sobre la práctica como, especialmente, la dimensión artística del oficio, de la mano de Donald Schön, que el autor conoce bien, pues es traductor al español, junto con Lourdes Montero, de *Educating the reflective practitioner (La formación de profesionales reflexivos*. Barcelona: Paidós, 1992). Una formación permanente que entiende a los profesores “como prácticos que permanentemente desarrollan algún tipo de proceso de autoaprendizaje con el fin de mejorar su atención a la docencia y de crecer en ella junto con sus alumnos” (pág. 425). El profesor Vez es consciente de que, por bien establecida que esté la formación inicial, el contexto de trabajo desempeña un papel de primer orden en el aprendizaje del profesor, por lo que la reflexión crítica sobre la experiencia es un medio privilegiado de desarrollo profesional.

Nos encontramos ante un libro que, como reflexión de segundo grado sobre la formación del profesorado en la enseñanza de las lenguas extranjeras, presenta un ensayo académico original, muy distinto -como decíamos- de los habituales. Tras su lectura, emerge una visión compleja de la DLE, donde las metodologías didácticas se inscriben en otros círculos que explican su sentido, su historia y sus fundamentos. La DLE aparece como un campo disciplinar que recibe sus fundamentos conjuntamente de la investigación y del saber hacer de los prácticos, por lo que integra las aportaciones de otros campos y que se dirige a la profesionalización de los que enseñan estas materias curriculares. Dirigido principalmente al público universitario, particularmente a los formadores de profesores, sus cuatrocientas cincuenta páginas, en un texto abigarrado, dan lugar a múltiples variaciones, matices y temas que aquí no se han podido recoger, más que en su estructura.

Una línea directriz que lo recorre transversalmente es la apuesta del autor por integrar los diversos saberes. Por un lado, en la dicotomía profesional, entre enseñanza de la lengua materna (o de “instalación social”, que prefiere el autor) y de

las lenguas auxiliares de comunicación internacional; pero más radicalmente, entre el saber académico (del que da cuenta el libro) con el “saber hacer” de los prácticos, dentro de una nueva cultura educativa que una las dos orillas del mismo río, como ha practicado el autor, lo que supone abolir determinadas divisiones sociales del trabajo docente, estableciendo los necesarios puentes. En último extremo no es más que trasladar, de modo congruente, los postulados que se defienden en la

enseñanza en el aula: los alumnos como negociadores de significado y experimentadores de la lengua. Revalorizar y potenciar el buen saber hacer del profesorado es reflexionar sobre las teorías implícitas de su práctica, al tiempo que aportarle otras que abran nuevos horizontes para la práctica. A esa tarea, se dirige, a pesar de su formato académico, en último extremo el libro.

